

recha, que se denominaría de Aragón y Valencia, cuyo mando se confió á Blake, á las órdenes del cual también se pusieron las fuerzas de Cataluña, cuando por muerte de Reding quedaron huérfanas de jefe. Blake salió á campaña el siete de Mayo, esperando que le secundara el paisanaje. Dió la señal del levantamiento la villa de Albelda, siendo escarmentados los franceses en Tamarite. Monzón arrojó á los extranjeros de su recinto, y Blake los expulsó de Alcañiz. A este punto acudió Suchet, que á la sazón capitaneaba las legiones enemigas en aquellas provincias, y el veintitres de Mayo, el general español aceptó la batalla que le presentaba su adversario. Los franceses fueron rechazados en todos los puntos, huyendo á la desbandada por el camino de Zaragoza. Sin embargo, el quince de Junio, rehecho Suchet, volvió á atacar á Blake en María, y, más afortunado que la vez anterior, hizo grandes destrozos en su hueste. El día diez y ocho le embistió de nuevo en Belchite; pero, habiéndose incendiado algunas granadas entre los españoles, huyeron vergonzosamente antes de pelear. Blake marchó á Cataluña, mas no por esto se arredraron los aragoneses; continuó la campaña, y guerrilleros como Renovales, Sarasa y otros hostigaron sin tregua á los odiados invasores.

Y mucho más activa que en Aragón era aún la guerra en Cataluña. Saint Cyr, aunque triunfara de Reding en Valls el veinticuatro de Febrero, no adelantó gran cosa en su empeño de dominar el Principado; gran número de los dispersos á consecuencia de aquel combate se acogieron á Tarragona, que prefirió arrostrar toda clase de padecimientos á entregarse al enemigo. En dicha ciudad murió por entonces el vencedor de Bailén, don Teodoro Reding. Saint-Cyr quiso que las autoridades de Barcelona prestaran juramento de obediencia á José Bonaparte, y como aquellas se negasen, con muy cortas excepciones, á hacer lo que se les pedía, fueron encerradas en Montjuich y en la ciudadela, y no mucho después trasladadas á Francia. En Cataluña es donde primeramente tomaron gran incremento las partidas sueltas, y Millans, Wimpffen, el canónigo Montaña y otros mil, emboscados en las montañas y sierras, ó descendiendo al llano cuando la ocasión era propicia, traían en constante sobresalto al extranjero. También comenzó en la época á que nos vamos refiriendo el inolvidable sitio de Gerona, en que la noble ciudad catalana renovó los actos de valor, abnegación y sacrificio de Zaragoza, deteniendo meses y meses ante sus muros las legiones del capitán del siglo. «Será pasado por las armas el que profiera la voz de capitular ó de rendirse:» tal pena impuso en un bando, al aproximarse los franceses á Gerona, el gobernador de la plaza, don Mariano Alvarez de Castro, y los sucesos posteriores no desmintieron la inquebrantable entereza que semejantes frases revelaban. Los hospitales llegaron á rebosar de enfermos; no había víveres ni medicamentos; los caballos se comían entre sí las crines; morían los niños de hambre en los brazos de sus madres, que también agonizaban, y aún Alvarez de Castro seguía diciendo: «Sepan las tropas que guarnece los primeros puestos, que las que ocupan los segundos tienen

obligación de hacer fuego en caso de ataque contra cualquiera que sobre ellos venga, sea español ó francés, pues todo el que huye hace con su ejemplo más daño que el mismo enemigo.» Precisamente publicábase este nuevo bando en los días que Napoleón regresaba de Schœnbrunn, y Europa apartaba sus ojos de las empresas y triunfos del moderno César, para fijarlos pasmada y conmovida, en la indomable ciudad española y su heroico defensor.